

Índice

Prólogo. La insidia del destino	11
Capítulo 1. Nacido en la pobreza.....	23
Capítulo 2. Una espada desenvainada	49
Capítulo 3. El funcionario	81
Capítulo 4. El señor nada.....	103
Capítulo 5. El dragón hace mutis.....	131
Capítulo 6. Hombres pobres de baja posición.....	153
Capítulo 7. Los astros se alinean	169
Capítulo 8. Un revés de la fortuna	191
Capítulo 9. Despedido, destituido y completamente excluido.....	215
Capítulo 10. El príncipe.....	231
Capítulo 11. Vita contemplativa	263
Capítulo 12. El sabio del jardín.....	291
Capítulo 13. Pesadilla y sueño.....	329
Capítulo 14. El dedo de Satán	353
Bibliografía.....	371
Notas	387

Para papá y Debi, con amor y admiración

Prólogo

La insidia del destino

He escrito lo que he aprendido de esas conversaciones y he compuesto un pequeño panfleto, *De principatibus*, en el que incursiono tan profundamente como puedo en el tema, preguntando: ¿Qué es un principado? ¿Cuántas clases de principados existen? ¿Cómo pueden conservarse y por qué se pierden?

Nicolás Maquiavelo,
Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513.

Había sido un mal año para Nicolás Maquiavelo. No sólo había perdido su empleo –“destituido, privado y completamente apartado”, decía el decreto que aludía al Segundo Canciller de Florencia con vengativa dureza–, sino que la república a la que había servido fielmente durante los últimos catorce años había caído bajo las suelas de las botas del tirano. Sus amigos huyeron cuando los ejércitos extranjeros cayeron sobre la ciudad, reemplazados por personas que tenían pocos motivos para apreciarlo. Para los que habían seguido la carrera de Maquiavelo y recordaban sus modales ásperos, su actual aislamiento no era ninguna sorpresa. Durante los años que había servido en el gobierno, con frecuencia había hablado de manera demasiado cortante, o había impulsado sus propuestas con más entusiasmo que tacto, y ahora que tenía necesidad de aliados en altos cargos, estos escaseaban.

Estos reiterados golpes eran aún más dolorosos porque resultaba difícil negar el hecho –y, si tendía a olvidarlo, sus numerosos detractores se sentían muy felices de recordárselo– de que las políticas de Maquiavelo eran en gran medida responsables del desastre. La milicia ciudadana –la creación que más lo había enorgullecido– había salido corriendo, de manera deshonrosa, al pri-

mer contacto con el enemigo, abandonando la vecina ciudad de Prato al saqueo y el pillaje, condenando así a la independiente República Florentina.

Y vendrían cosas peores. Con sus amigos en desgracia y sus enemigos triunfantes, el nombre de Maquiavelo apareció en una lista compilada por un hombre capturado mientras conspiraba para destituir al nuevo régimen. El 18 de febrero de 1513, Maquiavelo fue arrestado y encarcelado. Arrancado periódicamente de su fría y húmeda celda, infestada de alimañas, de Le Stinche, a unas pocas calles de su antiguo despacho, era torturado con repetidas caídas con “la sogá”, en un intento de extraerle una confesión de culpabilidad. Era un suplicio que podría haber quebrado a un hombre con menos recursos, pero Maquiavelo, buscándole el lado bueno a una situación nefasta, lo consideró una suerte de ejercicio de fortalecimiento del carácter. Apenas unas pocas semanas más tarde, todavía recuperándose de sus heridas, le escribió a su amigo Francesco Vettori: “Y en cuanto a tener una buena actitud con respecto a la fortuna, deberías al menos complacerte con los problemas que he sufrido, porque los soporté con tal estoicismo que estoy orgulloso y siento mayor estima por mí mismo que antes”.

Su dignidad, de hecho, fue casi todo lo que rescató del desastre de los últimos meses. El estado de ánimo de Maquiavelo puede inferirse de un soneto que compuso durante su permanencia en prisión. La honestidad y el sentido del humor negro son típicos, así como su capacidad de reírse de sí mismo:

Tengo, Giuliano¹, grilletes en las piernas,
y seis tirones de la sogá sobre la espalda², mis otras desdichas
no pretendo contártelas, ¡así es como tratan a los poetas!
Estos muros agrietados generan piojos

/que parecen moscas,

y nunca existió hedor semejante...
al de mi refinado albergue.

En vez de revolcarse en la autoconmiseración, Maquiavelo tendía a enfrentar su revés con una ocurrencia graciosa y un encogimiento de hombros. La imagen de su “refinado albergue” plagado de piojos que engordan gracias a las enjutas carnes de los prisioneros es a medias una farsa y a medias una tragedia... un juego de luces y sombras que es una constante tanto en sus obras políticas como en las literarias. “¡Así es como tratan a los poetas!”, bufa, quitándole peso a su desdichada situación y burlándose de sí mismo, colocándose en la larga lista de artistas que han padecido por su arte. Uno de los más claros signos

de que su espíritu se mantuvo fuerte es que encontró tiempo para atacar a uno de sus blancos favoritos, los necios santurrones cuya única respuesta a todos los problemas de la vida era rezar:

Mi mayor tormento fue que, durmiendo, casi al alba,
los escuché corear las palabras “Estamos rezando por ti”.
Te ruego que ahora permitas que se marchen,
/si dejas que tu misericordia
caiga sobre mí, mi buen padre, para librarme de este cruel tormento.

¿Quién más que Maquiavelo insistiría en que tener que escuchar rezos toda la noche era un tormento mayor que una sesión con el torturador oficial? Se hubiera mortificado grandemente en el caso de que, en un momento de debilidad, hubiera abrazado repentinamente creencias religiosas que había desdénado durante casi toda su vida adulta. No era uno de esos escépticos de temporada que niegan a Dios en los buenos tiempos sólo para redescubrirlo en sus momentos de necesidad. Se negaba a aceptar el consuelo fácil del pábulo religioso, y prefería correr el riesgo de los giros de la voluble Fortuna antes de hacer una apuesta existencial a los sacerdotes a los que consideraba apenas un poco mejores que los charlatanes o los estafadores.

En cualquier caso, no fue el poder de la oración el que lo liberó después de una estadía de tres semanas en el “refinado albergue”, ni tampoco el encanto de su jocoso poema, sino la reticente admisión de sus captores de que carecían de pruebas reales sobre la involucración de Maquiavelo en la conspiración.³ Pero su liberación no marcó el final de sus dificultades. Aun tras haber sido liberado, la figura de Maquiavelo siguió envuelta en una nube de sospechas. Se le prohibió el acceso a los cargos gubernamentales, la única carrera que había conocido en su vida y la única que le permitía poner en práctica sus talentos característicos. Si bien no perdió la vida —algo que pareció más que probable en un determinado momento, los últimos doce meses difícilmente podrían haberlo sometido a más desilusiones y penurias.

En esa época rara vez hacía el viaje hasta Florencia, unas pocas horas a lomo de mula o a pie por el serpenteante camino que cruzaba los olivares y los viñedos de la campiña toscana. El puñado de amigos que habían seguido siendo leales a él durante sus recientes desdichas ahora podían encontrarlo viviendo en la oscuridad en su granja de la aldea de Sant’Andrea en Percussina, tratando, sin mucho éxito y aún con menos entusiasmo, de extraer un magro medio de subsistencia de su modesto patrimonio. Desde sus campos alcanza-

ba a ver los techos de tejas rojas de su amada Florencia, coronados por el elevado arco de la cúpula de Brunelleschi y la torre angulosa del Palazzo della Signoria, el edificio gubernamental que había sido su lugar de trabajo en los últimos años.⁴ Pero lejos de proporcionarle solaz, esa vista era un constante recordatorio de su vida en ruinas. La intensidad de su angustia se percibe en una nota que garrapateó en los márgenes de un documento en el que estaba trabajando: “*post res perditas*”, decía, “después de que todo se perdió”.

Un consuelo era que, al carecer de un verdadero trabajo, tenía mucho tiempo libre para filosofar, para librarse de problemas, y para tratar de extraer mayores enseñanzas de su propia experiencia. Mientras vagaba bajo el brillante cielo de Toscana y contemplaba la ciudad que centelleaba a la distancia, adquirió una nueva perspectiva de la condición humana. A veces daba rienda suelta a su amargura, pero incluso cuando su ánimo era sombrío trataba de ver la situación desde una perspectiva más amplia. En un poema titulado “Sobre la ingratitud y la envidia”, se dedicó a considerar el funesto destino de aquellos que habían prestado buenos servicios a su país, sólo para descubrir que la retribución de sus esfuerzos era la calumnia:

Con frecuencia te esfuerzas en tu cargo y después
/por tu buen servicio
te retribuyen con una vida desdichada y una muerte violenta.
Así, como la ingratitud no está muerta, que todos huyan
de las cortes y gobiernos, porque no hay camino
que lleve más rápido al hombre
a llorar por lo que anhela, por aquello que alguna vez tuvo.

Por sabio que fuera ese consejo, el propio Maquiavelo era incapaz de llevarlo a la práctica. Como alguien que vuelve, una y otra vez, a una relación abusiva, sin duda hubiera saltado de alegría ante la oportunidad de cambiar su actual indolencia por los despachos del gobierno del que había sido proscrito.

A su amigo Francesco Vettori, que se quejaba de los inconvenientes menores de su vida en Roma, donde ocupaba el cargo de embajador florentino ante la Santa Sede, Maquiavelo le respondió con un dejo de sarcasmo: “Sólo puedo contarte en esta carta cómo es mi vida, y si crees que vale la pena el canje, me sentiría feliz de cambiarla por la tuya”.

Pocas personas eran tan inadecuadas para la tranquila vida del campo como Maquiavelo. Era un hombre de ciudad que florecía con la actividad social y con el estímulo que implicaba la conversación animada. Observador

agudo y despiadado cronista del animal *humano*, entre las bestias del campo encontraba pocas cosas que activaran su imaginación. Hacía todo lo que podía por mantener su agilidad mental, pero la compañía de la que disponía ahora era muy diferente de los cardenales y duques con los que estaba acostumbrado a pasar su tiempo. “Deambulo por el camino ante la posada”, contaba, “y converso con los transeúntes, pidiéndoles noticias de sus países y de otras cosas, advirtiendo todo el tiempo los diversos gustos y antojos de los hombres”. En otras palabras, ejercitaba con los pueblerinos locales esos mismos ojos agudos que antes eran tan rápidos para evaluar la ambición de un rey o para descubrir los inescrutables designios ocultos en un anodino informe diplomático. Se advierte la misma curiosidad insaciable, la misma necesidad de examinar el incidente más insignificante o la peculiaridad de carácter para hallar así interpretaciones que pudieran sugerir leyes universales. Pero era innegable que sus singulares talentos se desperdiciaban mientras trabajaba en su pequeña propiedad, ocupándose de faenas menores que parecían causarle más perplejidad que las intrincadas complejidades de un tratado internacional.

Tal vez a causa de la frustración, o tan sólo para aliviar el aburrimiento de su existencia en Sant’Andrea, se embarcó en disputas mezquinas con sus vecinos, y luego las describía en las cartas a sus amigos. Estos seguramente captaban de inmediato la ironía. Unos meses atrás Maquiavelo cenaba con reyes; ahora estaba reducido a darse topetazos con campesinos. “Tras haber comido”, le escribió a Vettori,

vuelvo a la posada donde habitualmente me encuentro con el posadero, un carnicero, un molinero y un par de alfareros. Con ellos desperdicio el resto del día jugando cricca (a los naipes) y chaquete, juegos que provocan miles de riñas y palabras iracundas, y aunque casi siempre disputamos por uno o dos peniques, nuestros gritos se escuchan hasta San Casciano. Así, encerrado con esos piojos, me quito el moho del cerebro y arremeto contra la insidia del destino, satisfecho de ser pisoteado de esta manera, aunque sólo sea para ver si la fortuna se avergüenza de tratarme de este modo.

Pero incluso mientras convivía con los locales, empezó a tramar un regreso a la vida pública. Aunque el destino (*Fortuna*, como suele llamarla) lo había tratado mal, Maquiavelo no había abandonado la esperanza de volver al servicio activo. Lucharía contra la caprichosa diosa hasta el final, y le arrebataría todo lo que

pudiera, “pues”, como escribió poco después, con más belicosidad que galanteoría, “fortuna es una mujer, y para ser dominada hay que azotarla y derrotarla”.

Y así, en el invierno de 1513, concibió un plan para congraciarse con los que ahora tenían la batuta en Florencia... los Medici y sus esbirros, cuyo retorno a la ciudad había marcado el principio de todos sus problemas. Para algunos de sus ex colegas, su ansiedad por suplicar un empleo a la misma gente que había depuesto al gobierno elegido democráticamente era inexcusable, y el cambio de postura de Maquiavelo ha seguido provocando el desprecio de generaciones de críticos. En el mejor de los casos parece una flagrante hipocresía; en el peor, habla de un hombre dispuesto a traicionar todos sus principios para impulsar su carrera. Pero ninguna de ambas acusaciones es justa. Es cierto que Maquiavelo había sido un ardiente partidario de la democracia florentina. Había trabajado incesantemente por el gobierno electo durante catorce años, con un gran costo para su salud y para su bolsillo. Había permanecido junto a sus irresponsables e ingratos colegas, cuando hombres menos conscientes habrían eludido sus obligaciones o medrado a costo de los fondos públicos, y en vez de enriquecerse con sobornos que caían tan fácilmente en el bolsillo de los hombres que trabajaban al servicio del gobierno, había dejado su cargo en la misma situación económica que lo había asumido. Tal como él mismo señaló: “Mi lealtad y honestidad están probadas por mi pobreza”.

La verdad es que por más que hubiera defendido las instituciones republicanas de Florencia, su patriotismo era algo mucho más visceral. Su amor al país era una pasión intensa e irracional. Era una rara debilidad en un hombre que no había ocultado el desprecio por la devoción convencional, y que sobresalía en la tarea de exponer las flaquezas humanas. Pocos hombres eran más aptos para enredar a un creyente religioso en la maraña de sus propias contradicciones, o se deleitaban más ridiculizando la gimnasia amorosa de un colega mayor que penaba por una joven belleza. Los amigos perdonaban los comentarios acerbos del hombre al que apodaban *Il Machia* (“la mancha”), no sólo porque usualmente los expresaba con un cautivante sentido del humor, sino también porque Maquiavelo era feliz revelando sus propias transgresiones y debilidades para que los demás pudieran ridiculizarlas. Pero cuando se trataba de la feroz lealtad que sentía por su tierra natal, se negaba a examinarla o a cuestionarla. “Amo a mi ciudad más que a mi propia alma”, confesó en una oportunidad (una afirmación que tal vez revela tanto sobre su indiferencia hacia su alma inmortal como sobre su patriotismo), y ese fervor nacionalista es la pasión conductora de su vida, el único objetivo hacia el cual apuntaban sus pensamientos y sus acciones.⁵ Explica todas las aparentes

inconsistencias de sus actitudes políticas y lo absuelve de las acusaciones de hipocresía que han caído sobre él durante casi quinientos años. Ahora que el país que amaba era propiedad de la reinstaurada dinastía Medici, Maquiavelo estaba decidido a tragarse el orgullo, si es que no sus principios, y hacer las paces con aquellos que gobernaban el estado.

Eso no sería tarea fácil. Es cierto que se habían retirado todas las acusaciones contra él, pero las autoridades, levemente paranoicas como todos los nuevos regímenes de cuestionable legitimidad, siguieron figoneando en busca de cualquier prueba incriminadora que pudiera acabar para siempre con el problemático ex segundo canciller. La rehabilitación de Maquiavelo hubiera sido una tarea más simple si su linaje o su fortuna hubieran sido más impresionantes, pero al carecer de los medios necesarios para conquistar la gracia de los actuales gobernantes por medio del soborno, debía recurrir a sus talentos innatos, ofreciendo a sus potenciales patronos el único don que poseía: las perspicaces ideas que había elaborado en una década y media de leal servicio al Estado. Cuando se sentó a componer su obra maestra, el breve volumen que le aseguraría un lugar en la historia, sus objetivos eran bastante limitados. De hecho, de haber sido mejor comerciante, es improbable que se hubiera abocado a escribir, y su nombre habría sido olvidado rápidamente, un hecho que él mismo parece haber reconocido: “La fortuna ha dispuesto que como no puedo hablar del comercio de la seda ni de la manufactura del algodón, ni de ganancias y pérdidas, debo hablar de los asuntos de Estado”.

Señalar que la obra más grande de Maquiavelo fue escrita con objetivos prosaicos no disminuye en absoluto el logro: el espectro del lobo que acecha ante la puerta suele estimular la creación de la mejor obra del artista. Sin su estipendio de funcionario, Maquiavelo tenía dificultades para mantener a su familia, una prole con muchas necesidades que incluía a cinco hijos pequeños, además de su esposa. “Me estoy consumiendo”, se quejó, “y no puedo seguir así mucho más sin quedar absolutamente reducido a la pobreza. Y, como siempre, deseo que estos príncipes Medici me pongan a trabajar, aun cuando eso signifique empezar por hacer rodar una piedra”.

Así fue que se abocó a destilar todo lo que había aprendido en un solo volumen breve —“este pequeño capricho mío”, lo llamó de manera despectiva— que se proponía dedicar a Giuliano de Medici, hermano del Papa actual y un hombre cuya amistad debía cultivar para tener alguna esperanza de prosperar en la Florencia de los Medici.⁶ El propio Maquiavelo bosquejó la escena al sentarse a componer su obra más famosa. El cuadro encantador que conjura del erudito ante su mesa, dejando de lado sus preocupaciones para

conversar íntimamente con los antiguos, es curiosamente incongruente con la siniestra reputación del libro y del hombre que lo escribió:

Al atardecer, regreso a mi casa y me encierro en mi estudio; en el umbral me quito mis ropas ordinarias, cubiertas de lodo y polvo, y me envuelvo en vestiduras adecuadas para una corte o un palacio. Vestido apropiadamente, entro a los antiguos patios colmados de ancianos donde, recibido con afecto, me nutro de ese alimento que es solamente mío y para el cual nací; donde no siento vergüenza de conversar ni de pedirles a los ancianos que me expliquen sus acciones, y donde ellos, amablemente, me responden. Y durante horas no experimento aburrimiento, me olvido de todos mis pesares, no tengo miedo a la pobreza, ni siquiera a la muerte. Entro en sus vidas completamente... He escrito lo que he aprendido de esas conversaciones y he compuesto un pequeño panfleto, *De principatibus*, en el que incursiono tan profundamente como puedo en el tema, preguntando: ¿Qué es un principado? ¿Cuántas clases de principados existen? ¿Cómo pueden conservarse y por qué se pierden?

Así nació *El príncipe*, el tratado político más notorio e influyente que se escribió nunca.⁷ Es difícil imaginar una entrada más silenciosa en el escenario de la historia del infame personaje protagónico que da título a la obra de Maquiavelo. De hecho, ambos son, en cierto sentido, una extraña pareja —el tirano sediento de sangre, despiadado en el ejercicio del poder, taimado, implacable y cruel, y el erudito afable ataviado con sus ropas raídas y sus pantuflas— y es posible decir con seguridad que el contraste no ha servido para mejorar la reputación de Maquiavelo. Ha sido caricaturizado como un Dr. Frankenstein de la vida real, uno de esos intelectuales que procuran afirmar su propia versión de la verdad sean cuales fueren las consecuencias, soltando alegremente al mundo un monstruo que no pueden o no quieren controlar. La gente podría haber estado más dispuesta a perdonar a Maquiavelo si hubiera sido un hombre de acción. Pero Maquiavelo aparece como la imagen de un individuo que, desde su sillón, genera un verdadero caos, el primero de una larga lista de burócratas sin rostro que, desde la seguridad de sus despachos, justifican todas las crueldades con una excusa multipropósito: *raison d'état* (razón de Estado).

Es un retrato del hombre tan arraigado en la imaginación popular que su nombre ha sido convertido en un adjetivo apto para describir cualquier acto

cínico o la búsqueda del poder sin ninguna conciencia. La imagen no es nueva. Apenas había ocupado su tumba cuando un eclesiástico prominente lo describió como “un enemigo de la raza humana”, y sólo tuvieron que pasar unos pocos años para que el Papa –en un gesto que el anticlerical Maquiavelo hubiera interpretado como un cumplido no deliberado– condenara todos sus escritos a alojarse en el Índice de Libros Prohibidos. De hecho, es posible atribuir gran parte de su fama póstuma a la calidad y la virulencia de sus oponentes, quienes convirtieron al oscuro funcionario en el Diablo encarnado,⁸ padre de una filosofía despojada de ética, capaz de conjurar un mundo en el que la sociedad humana, carente de religión y de la sanción de un Dios benévolo, se ve reducida a una guerra de todos contra todos y a la dedicación a la ciega búsqueda del poder.

Maquiavelo debe sobre todo su siniestra reputación al delgado volumen que escribió como solicitud de trabajo para los Medici, señores de Florencia. Es irónico que, aunque *El príncipe* fracasó en su objetivo inmediato, que era reconquistar la gracia de los amos de la ciudad, le aseguró sin embargo un lugar permanente en la historia de las ideas. Seguramente a Maquiavelo le hubiera divertido –y también es seguro que a sus potenciales patrones no les hubiera divertido en absoluto– poder ver el giro de Fortuna que convirtió a un funcionario menor en alguien mucho más famoso que los señores de cuya mesa anhelaba recoger unas pocas migajas.⁹

Cuando se sentó a escribir *El príncipe*, apilándose sobre su escritorio los libros de historia antigua que eran su tesoro, y su cabeza colmada de las lecciones que había aprendido durante sus años de experiencia práctica como diplomático, Maquiavelo tenía cuarenta y cuatro años, justo al final de la edad mediana para un hombre de principios del siglo XVI.¹⁰ Se consideraba un fracaso, y pocos de sus amigos hubieran estado en desacuerdo. A pesar de tener una trayectoria respetable en los rangos más altos de la burocracia estatal, había hecho muy poco por distinguirse de sus colegas anónimos que se afanaban sobre sus libros contables en el Palazzo della Signoria. Para aquellos que lo recordaban, era primordialmente el autor del peor fiasco militar de Florencia en los últimos tiempos.

Pero, tal como a él mismo le gustaba observar cuando relataba la vida de los grandes líderes del pasado, no hay nada como un poco de adversidad para probar el temple de un hombre, y a Maquiavelo le tocó más que su parte proporcional de reveses.¹¹ Enfrentado a la ruina financiera y con la perspectiva de un retiro aburrido e improductivo extendiéndose ante él hasta que la decrepitud y finalmente la muerte se apoderaran de su vida, Maquiavelo eligió

resistirse a la funesta tumba que el destino parecía haberle preparado. Lo habían sometido a pruebas pero no lo habían doblegado, y esa terrible experiencia parecía haber renovado su fe en que tenía algo original para ofrecerle al mundo. Desde la soledad de su granja de la cumbre de la colina el vasto panorama de la historia se extendía ante él. Privado del vital intercambio que tanto amaba, las voces de los muertos acosaron su mente, susurrándole esas verdades universales que hasta muy poco tiempo atrás habían sido ahogadas por el frenético ritmo de su existencia cotidiana. En esa compañía le parecía que podía espiar los secretos del corazón humano, extrayendo del pasado y del presente las leyes que gobiernan el destino de las naciones.

Notas

¹ El soneto estaba dirigido a Giuliano de Medici, uno de los líderes de la recientemente restaurada dinastía de los Medici. Es dudoso de que el soneto haya sido enviado a su destinatario elegido y si lo fue, no se sabe qué pretendía ganar con ello Maquiavelo.

² Una de las formas de tortura más comunes, denominada el *strappado*, era atar a un prisionero de los brazos y dejarlo caer desde algún lugar alto, con frecuencia dislocándole los hombros y provocándole otras heridas dolorosas. Tal como Maquiavelo señala, había sufrido seis veces ese terrible suplicio.

³ El propio Giuliano admitió que, fuera de los dos cabecillas, “los otros acusados y encarcelados han sido puestos en libertad como hombres inocentes” (Villari, *The Life and Times of Niccolò Machiavelli*, II, 134). La liberación de Maquiavelo fue parte de una amnistía general tras la elección de Giovanni de Medici como el Papa León X en 1513. Los Medici nunca lo hubieran liberado si verdaderamente creían que Maquiavelo era una amenaza. Todas las pruebas disponibles sugieren que el nombre de Maquiavelo apareció en una lista de potenciales simpatizantes, pero que en realidad nunca fue contactado por los conspiradores.

⁴ El Palazzo della Signoria (también llamado Palacio de los Priors o Palazzo Vecchio, el palacio viejo) era la capital de la República Florentina. La Signoria (Su Señoría) era la cabeza del ejecutivo, formada por ocho priores y el Gonfaloniere di Giustizia (el Abanderado de Justicia o jefe de Estado titular). La Signoria tenía un período de poder de tan sólo dos meses por vez. Las elecciones frecuentes y la rápida rotación en el cargo generaba un gobierno débil que era fácil presa de las familias ambiciosas como los Medici, que manipulaban el sistema para su propia ventaja.

⁵ Aunque el patriotismo de Maquiavelo nunca flaqueó, su definición de país evolucionó con el tiempo. En general, su lealtad era hacia su Florencia natal, pero en su famoso epílogo de *El príncipe* amplió sus horizontes para ofrendarla a toda Italia.

⁶ Para cuando Maquiavelo concluyó su obra, Giuliano de Medici había muerto. Tal como ha llegado hasta nosotros, *El príncipe* está dedicado al sobrino de Giuliano, Lorenzo, hijo de Piero, hermano mayor de Giuliano.

⁷ Los competidores para ganar esta dudosa distinción podrían incluir *El manifiesto comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels, y *Mi lucha (Mein Kampf)* de Adolf Hitler. Sin embar-

go, en ambos casos se podría aducir que la mala reputación en la que han caído fue una consecuencia más bien de los abusos de los sistemas políticos que proponían más que de las obras en sí mismas. *El príncipe*, en cambio, sigue siendo notorio pese al hecho de que resulta difícil atribuirle a su influencia los crímenes de algún sistema. Y no porque no se lo haya intentado en el siglo XVI: El cardenal Reginald Pole, por ejemplo, afirmó que la corte de Enrique VIII usó el libro de Maquiavelo para inspirar su “criminal” ruptura con la Iglesia de Roma. Argumentando desde una postura opuesta, Innocent Gentillet, un protestante francés, afirmó en su *Contre Machiavel* (“contra Maquiavelo”) que su obra había inspirado la masacre de los hugonotes del Día de San Bartolomé, perpetrada por el régimen católico.

⁸ En su obra de 1827 sobre Maquiavelo, lord Macaulay escribió: “Con su apellido acuñaron el epíteto de un truhán, y con su nombre un sinónimo del Diablo”. El seudónimo inglés del Diablo, Old Nick, deriva del nombre de pila de Maquiavelo (Nicolás).

⁹ Lorenzo y Giuliano de Medici, los dos hombres a quienes Maquiavelo dedicó *El príncipe*, ya que su propia mediocridad fue redimida por los talentosos sirvientes que los rodeaban. Giuliano era el hijo menor del famoso Lorenzo el Magnífico, el Lorenzo al que estaba dedicado *El príncipe* era su nieto. No sólo Maquiavelo les dedicó su obra más famosa, sino que las tumbas de los Medici en San Lorenzo, hechas por Miguel Ángel, fueron construidas para albergar los restos de esos dos oscuros miembros de la famosa familia. Miguel Ángel reconoció ese hecho cuando respondió a la crítica de que los retratos no se parecían en nada a sus modelos, afirmando que “dentro de mil años nadie sabrá cómo eran en realidad”.

¹⁰ El contemporáneo de Maquiavelo, Lorenzo de Medici, un poco mayor que él, murió a los cuarenta y tres años; Miguel Ángel, seis años menor, vivió hasta los ochenta y ocho años, una edad notable para esa época. Un hombre de la edad de Maquiavelo podía prever, como promedio, que le quedaba una década de vida productiva.

¹¹ Por ejemplo, Maquiavelo afirma que cuanto más difícil es llegar al poder, tanto más seguro será ese poder una vez que se lo ha alcanzado. “Los que se convierten en príncipes en virtud de sus capacidades... ganan predominio con dificultad pero los mantienen con facilidad” (*El príncipe*, VI, 26).

Capítulo 1

Nacido en la pobreza

Nací pobre y aprendí tempranamente en la vida a privarme más que a disfrutar.

Nicolás Maquiavelo a Franceso Vettori,
18 de marzo, 1513.

Mientras contemplaba el naufragio de su antes promisorio carrera, Maquiavelo se consolaba con la idea de que, después de todo, no estaba peor de lo que había estado cuando llegó a este mundo. Sólo sus sueños de una vida mejor habían sido destrozados. “Nací pobre y aprendí tempranamente en la vida a privarme más que a disfrutar”, recordó, hallando consuelo en la idea de que no le quedaba nada que perder.

A primera vista, la caracterización que Maquiavelo hace de sus circunstancias parece engañosa. Los Maquiavelo eran una familia antigua y respetada, y en casi todos los aspectos la rama en particular en la que nació Maquiavelo en la primavera de 1469 pertenecía a una sólida clase media.¹ El padre de Nicolás, Bernardo, era un propietario. Era dueño de una casa cerca del Ponte Vecchio, uno de los edificios de un grupo ocupado por diversos primos, contruidos alrededor de un pequeño patio con una *loggia* o galería conocida como la *chorte di Machiavelli*. Este detalle por sí mismo bastaba para elevar a la familia por encima de la gran mayoría de pobres urbanos, que poseían poco más que las raídas ropas con que se cubrían. Y esa no era la única propiedad de Bernardo. Para abastecer la casa de la ciudad de vino, aceite, huevos, carne y vegetales frescos estaba su granja de Sant'Andrea, en Percussina, situada a unas diez millas al sur de Florencia junto al camino a Roma. Aun en épocas difíciles, la familia podía contar con sus propios recursos para alimentarse y vestirse.

El estatus de los Maquiavelo en Florencia se medía por algo más que las posesiones materiales. Bernardo podía afirmar que descendía de la nobleza menor (a través de la familia Castellani), una relación que, aunque redituaba poco en el aspecto de las ganancias tangibles, reportaba verdaderos beneficios bajo la forma del prestigio. En el campo, la superioridad de Bernardo con respecto a sus vecinos se manifestaba por medio de pintorescos gestos ceremoniales que conllevaban un eco distante de lo que antes eran obligaciones vitales del feudalismo: el día de San Pedro, un miembro de la parroquia de San Piero a Nebbiavole le ofrecía como tributo una media libra de cera de vela, y cuando el sacerdote de la iglesia local de San Michele a Mogliano murió, Bernardo, como reconocimiento de su rol de paternal protector de la comunidad, se contó entre los que fueron consultados para designar al sucesor.

En la ciudad, la familia estaba igualmente bien establecida. Durante siglos los Maquiavelo habían pertenecido a la elite gobernante de Florencia. Los antecesores de Nicolás habían sido prósperos banqueros y comerciantes, dedicados mayormente a las lucrativas industrias de la lana y de la seda. El propio Bernardo, aunque nunca tuvo un cargo electivo, era amigo de algunos de los hombres más poderosos y prominentes de la ciudad. Uno de ellos, el Canciller de Florencia Bartolomeo Scala (un íntimo del propio Lorenzo de Medici), llamó a Bernardo su “amigo y familiar” y estimaba su erudición en tal alto grado que lo convirtió en un personaje importante de su *De Legibus*, un diálogo filosófico sobre los orígenes de la ley. Pero nada indica su elevada posición dentro de la comunidad como lo siguiente: Bernardo Maquiavelo era alguien en cuya boca Scala podía poner doctas frases de Platón y Cicerón sin temor de que sus contemporáneos consideraran la imagen como algo ridículo.

En otras palabras, Bernardo Maquiavelo era un intelectual. Se había ganado la reputación de ser un erudito amateur y un experto en asuntos legales, algo confirmado por el tratamiento honorífico de *messer* empleado por sus pares cuando lo saludaban en el Ponte Vecchio o en la Piazza della Signoria. Era el prototípico erudito diletante. Años después de su muerte, cuando le advirtieron a Nicolás que unos desconocidos habían sido erróneamente sepultados junto a su padre en la cripta familiar de los Maquiavelo en Santa Croce, éste respondió con una típica ocurrencia: “Bueno, déjenlos allí, porque mi padre era un gran amante de la conversación, y cuantos más estén allí haciéndole compañía, tanto más complacido se sentirá”. Bernardo tenía tanto la inclinación como el ocio necesarios para cultivar su mente, y gozaba de la seguridad de saber que sus diversas propiedades proporcionarían ingresos suficientes para mantener a su familia.

Pero pese a esta sólida posición burguesa, Nicolás no estaba equivocado al calificar sus orígenes de poco promisorios. Es cierto que nunca sufrió la funesta situación de necesidad de muchos de sus vecinos, para quienes el más leve revés económico significaba pasar hambre; tampoco tuvo que soportar nunca la humillación de pedirles caridad a sus parientes más ricos. Pero en el mundo de la Florencia de fines del siglo XV, tanto Bernardo como su hijo Nicolás vivían incómodamente en los márgenes de la respetabilidad. De hecho, los más antiguos documentos que han sobrevivido de puño y letra de Nicolás —dos cartas de 1497 escritas cuando tenía veintiocho años de edad— reflejaban un penoso reconocimiento de su inseguridad en el ámbito social. Se refieren a una disputa por una propiedad entre su familia y el poderoso clan Pazzi. Con la esperanza de contrarrestar sus malas posibilidades, Nicolás expuso su caso ante el influyente cardenal Giovanni López. En la primera carta, Maquiavelo califica a sus propios parientes como “pigmeos... que atacan a gigantes”. En una carta subsiguiente dirigida al mismo cardenal, parece ansioso por recordarle a su corresponsal que, pese a las apariencias, los Maquiavelo son por lo menos tan respetables como sus más poderosos rivales. “Y quien quiera evaluar con justicia los méritos de nuestra casa comparándolos con los de los Pazzi, iguales en todos los otros aspectos, declararía que nuestra familia es superior en liberalidad y espíritu de hombría.” Por supuesto, tal como Nicolás sabía, los platillos de la balanza nunca estaban bien equilibrados, y cualquier rivalidad entre combatientes desaparejos sería favorable a los más fuertes. Tal como comenta acerbamente en su obra de teatro *La Mandragola*, “un hombre que no tiene influencia sobre el gobierno de esta ciudad... no puede encontrar un solo perro que le ladre, y no servimos para nada salvo para ir a los funerales y a las reuniones por algún matrimonio, o para sentarnos todo el día sin hacer nada en la mesa del Procónsul”. De manera sorprendente, al menos para aquellos que lo consideran como el mayor exponente de una inflexible política del poder, el punto de vista natural de Maquiavelo era el típico de las personas vulnerables. Esta marginalidad, este sentimiento de que estaba afuera mirando lo que ocurría en el interior, era vital para la imagen que Maquiavelo tenía de sí mismo. A su vez esta imagen de sí mismo era vital para la constitución de su pensamiento.

Nicolás Maquiavelo nació el 3 de mayo de 1469, en la casa familiar situada justo al sur del Ponte Vecchio. La modesta residencia se erguía en la Vía Romana, que conducía desde el puente más antiguo y trajinado de la ciudad hasta las puertas del sur. Desde la ventana de su dormitorio, el joven Maquiavelo no sólo podía ver la constante multitud de granjeros que desfila-

ban hacia el mercado, sino también figuras más exóticas que eran un recordatorio del enorme alcance internacional del comercio florentino: marchando codo a codo con los humildes campesinos había mercaderes que venían desde muy lejos, con sus mulas cargadas de productos de Turquía, Arabia y la lejana India, así como turistas –incluyendo a numerosos duques, duquesas, cardenales e incluso, ocasionalmente, algún emperador o rey–, que habían venido a orar en los muchos santuarios sagrados de la ciudad, y a deleitarse contemplando las inigualables obras de arte y la extraordinaria arquitectura de Florencia.

La casa situada en el corazón del Oltrarno –el sector de Florencia sobre la orilla sur del río Arno que sigue siendo el más encantador de la ciudad– ya no existe, pero el tejido urbano circundante se conserva casi intacto. El vecindario en el que creció el joven Maquiavelo, identificado con el antiguo símbolo heráldico de la concha (*Nicchio*)², tiene calles angostas y plazas diminutas y sombreadas, pequeñas tiendas y tabernas sin pretensiones. En los días de verano, cuando la corriente del Arno se aletargaba, un feo hedor se alzaba del lodo de las riberas, un miasma que se agravaba debido a los teñidores y curtidores que usaban las aguas para descartar líquidos tóxicos. En ese momento era cuando se multiplicaban las ratas, portadoras de peste, transmitiendo el contagio que devastaba por igual los barrios de ricos y pobres. Entonces, como ahora, no era el área más elegante de la ciudad, pero unos pocos palacios imponentes que sobresalían entre las viviendas más modestas eran un recordatorio de que entre los vecinos se contaban algunas familias poderosas. A pocos minutos de marcha de los principales centros cívicos y religiosos, el Oltrarno estaba suficientemente cerca como para participar plenamente de la vorágine y el ajetreo de la floreciente metrópolis.

En este animado barrio urbano prácticamente nada distinguía la casa de los Maquiavelo de muchas otras que la circundaban. A fines del siglo XV, las familias más poderosas de Florencia –como los Medici, cuyo palacio situado en la calle más ancha de la ciudad, la Via Larga, estableció el estándar para las construcciones subsiguientes– publicitaban su riqueza y su estatus construyendo espléndidos hogares que eclipsaban a los de sus vecinos, pero la residencia de los vecinos no hubiera impresionado en absoluto a los transeúntes. Ningún arquitecto había impuesto sus innovadoras ideas del orden clásico en la bastante azarosa colección de edificios medievales; el conglomerado era decididamente humilde y nada ostentoso, y sugería más bien una raída respetabilidad y no una ambición jactanciosa.

Como la mayoría de las familias florentinas, los Maquiavelo no podían remontar sus orígenes a más de dos siglos atrás, aunque, a diferencia de algu-

nos linajes más pretenciosos o engañosos, no sentían ninguna necesidad de inventar una estirpe ficticia a partir de matadores de dragones o héroes troyanos. En los siglos previos al nacimiento de Nicolás, la familia había prosperado junto con la ciudad, haciendo una sólida aunque no espectacular contribución a la metrópolis que se convertía en un centro del comercio, las manufacturas y las finanzas.

La localización de la vivienda urbana, así como de las diversas propiedades dispersas en la campiña, en las colinas situadas justo al sur de la ciudad, indica que los Maquiavelo se originaron en el Val di Pesa, en la región vitivinícola de Chianti. Cuando la población de Florencia creció, durante los siglos XII, XIII y XIV, especialmente debido a la inmigración procedente del *contado*, las áreas rurales situadas justo más allá de los límites de la ciudad, las familias tendieron a establecerse en los distritos más próximos a las puertas por las que habían entrado. El Oltrarno, un barrio con menos densidad de población, fue un destino popular para muchos nuevos inmigrantes, particularmente para aquellos provenientes de la región situada al sur de la ciudad. Es casi seguro entonces, aunque no hay documentos anteriores al siglo XIII que lo prueben, que los remotos antecesores de Nicolás se contaron entre esos anónimos agricultores que, desde antes del Imperio Romano, cultivaban uvas y olivas en las empinadas laderas rocosas de las colinas que se encuentran entre Florencia y Siena.

La insegura respetabilidad que caracterizó la vida de Nicolás y que estimuló mucho de su fuego creativo fue resultado de decisiones afortunadas tomadas por antecesores muertos hace mucho tiempo y por imprudentes decisiones adoptadas más recientemente. Si la ambición de Nicolás era enorme, se debía al menos en parte a la brecha que percibía entre el prestigio del nombre de los Maquiavelo y la precariedad de sus circunstancias actuales. En su dedicatoria de *El Príncipe* se refiere a sí mismo como “un hombre de baja y pobre condición”, una perspectiva que lo alentó a transgredir los convencionalismos y proponer soluciones notablemente novedosas para los viejos problemas. Si hubiera sido rico o más celoso de su dignidad, es improbable que hubiera hecho una carrera como funcionario público, una forma de empleo demasiado semejante a un trabajo verdadero como para ser adecuado para un caballero pero que le proporcionaba conocimientos vitales de la cruel economía del poder. Y de igual importancia, la inquietante sensación que le producía la decadencia de su familia alentó en él la feroz ambición de dejar su marca en el mundo.

Los Maquiavelo entraron por primera vez en la historia en el transcurso del siglo XIII, como adherentes del partido güelfo, un grupo aliado del papa-